

CABALLERESCO

Concepto que se refiere al ideal de la caballería y de los caballeros, esto es, lo refinado frente a lo vulgar, lo heroico frente a lo cobarde. Fue este un ideal que perduró desde los primeros cantares de gesta hasta el declive del Renacimiento, y en el que se diferencia claramente entre lo popular, o juglaresco, y lo cortesano o trovadoresco; el trovador sería quien habla del ideal caballeresco. Sin embargo, las formas métricas del romance muy pronto asumirán los temas caballerescos como vehículos más eficaces para transmitir las leyendas. En los libros de caballerías* se idealizan la acción y las virtudes del honor, así como el amor platónico y los sentimientos cristianos. Lo caballeresco aparece en España por primera vez en *La gran conquista de ultramar*, obra del siglo xiii en la que se trata una ficción francesa sobre las Cruzadas, si bien es en el siglo xiv cuando se puede hablar del primer libro de caballerías propiamente español, esto es, la *Historia del caballero de Dios* que avia por nombre Cifar, el qual por sus virtuosas obras et hazañosas cosas fue rey de Menton. Lo caballeresco sentimental estaría representado por las obras de Juan Rodríguez del Padrón* y Diego de San Pedro*, aunque la obra máxima que se centra en el mundo de los caballeros es el *Amadís de Gaula*, publicado por Garci Rodríguez de Montalvo* en 1508. Durante todo el siglo xvi, la lectura favorita en España es la de los roman courteis franceses, en forma de libros de caballerías*, origen de la demencia del último caballero andante, Don Quijote de la Mancha, quien representa el arquetipo del heroísmo caballeresco, ya que enloquece por culpa de su vocación.

CABALLERÍAS, libros de

Género típicamente español, gestado en la Edad Media, cuyo origen está en las novelas caballerescas francesas del ciclo conocido como de la Post-Vulgata (1230-1240), que abrió el camino a los temas propios del «ciclo artúrico», como luego veremos. La crítica inglesa, para referirse a la narrativa medieval, ha utilizado el término romance, con el que se quiere abarcar la historia de aventuras en la que conviven combates, amores, búsquedas, separaciones, reencuentros y viajes a otros mundos. El ámbito en que transcurre la acción está alejado del público tanto en tiempo y espacio cuanto en clase social y, a menudo, en las tres categorías simultáneamente. No debe confundirse el romance con la novela, ya que aquel puede estar escrito en prosa o en verso y, de hecho, los primeros en español —Libro de Alexandre y Libro de Apolonio— lo están en verso. La novela de caballerías era la encarnación del ideal caballeresco*, tal y como lo sentía la sociedad cortesana del siglo xv. Este tipo de novela surge como consecuencia de los cambios sociales de ese siglo: la nobleza, al hacerse cortesana, adquiere unos gustos más refinados, con lo que aparece un concepto más idealizado del caballero, un caballero que se siente inspirado por los poderes del amor y del heroísmo individual. Es así como esa nueva nobleza cortesana se siente identificada con los libros de caballerías, del mismo modo que la nobleza feudal de los siglos anteriores se identificaba con los cantares de gesta*. En alguna medida, puede afirmarse que este tipo de literatura es deudora, además de una degeneración, de la vieja poesía heroica. Los ideales del protagonista de aquellos cantares —patria, tierra y religión—, que representaban a una colectividad, se ven sustituidos ahora por un acentuado individualismo en el héroe caballeresco, movido tan solo por el amor a su dama y por su propia satisfacción. Al contrario de lo que sucedía con los cantares de gesta, el Libro de caballerías se basa, esencialmente, en elementos fantásticos e imaginarios. Es fundamental para la gestación y difusión de estas obras la transformación social de la burguesía. El nuevo lector, que ya no es clérigo ni erudito, busca en la lectura la diversión y el placer. A un nuevo público corresponde, obviamente, una nueva literatura, una literatura que, además, goza de una distribución masiva a través de la imprenta. Es, como ya hemos anunciado, en Francia, donde la evolución de los señores feudales origina un tipo de narración en verso, denominada roman courteis, que toma sus temas de fuentes tan variadas como las leyendas clásicas, ciertos

relatos orientales y, sobre todo, de los asuntos derivados de las leyendas de Bretaña (Tristán e Iseo o los caballeros del Santo Grial). En un ambiente de fantasía y aventura rodeada de vago lirismo, fueron surgiendo estas narraciones que, al prosificarse, dieron lugar a las novelas de caballerías. Cada uno de estos libros tenía por héroe a un caballero andante que encarnaba tanto el heroísmo como la fidelidad, que defendía a los oprimidos e impartía justicia afrontando las más extraordinarias aventuras. El amor a su dama estaba dentro de las leyes del «amor cortés», que no era otra cosa que una paganización del ideal religioso de la Edad Media.

En España, a lo largo del siglo xiv, se difunden traducciones de los diferentes libros de caballerías que circulaban por Europa. En general, los libros del conocido como «ciclo artúrico» fueron muy leídos en toda Europa durante los siglos que cierran la Edad Media. En España, estas narraciones llegaron a través del ya mencionado «ciclo de la Post-Vulgata», conocido hoy con la designación de Roman du Graal. El ciclo artúrico hispánico se conformó con aceptar los libros franceses, a excepción del Amadís de Gaula, al que más adelante nos referiremos. Aunque perdida la versión hispánica originaria del «ciclo de la Post-Vulgata», motivo por el que se desconoce el lenguaje en que fue realizada, sabemos que dio origen a textos en castellano y en portugués. Esta versión hispana consta de tres ramas que contienen, temáticamente, la primitiva historia del Grial (Libro de Josep Abarimatía), Merlín (Estoria de Merlín y Balandro del sabio Merlín) y la demanda del Santo Grial y muerte del rey Arturo (La demanda del Santo Grial). Se suele emplear, no obstante —utilizando la denominación hecha por Menéndez Pelayo*,—, de una forma más concreta y para referirse a textos posteriores al medioevo, de libros del «ciclo carolingio» y del «ciclo bretón». Al primero pertenecerían la Crónica de Turpin, libro que, en prosa latina, narra diversos episodios de la vida de Carlomagno, Noble cuento del emperador Carlo Maynes de Roma e de la buena emperatriz Sevilla, su mujer, la Historia de Carlomagno y de los doce Pares (1525) o el Espejo de caballerías (1533). Bajo la influencia del «ciclo bretón» podrían englobarse títulos como Partinuplés (1513), o historias de talante erótico, como las de Flores y Blancaflor o Pierres y Magalona. Son estas historias bretonas las que llevan el germen del espíritu caballeresco, sentimental y aventurero, en que se basa la caballería andante. Unida a esta concepción está la que viene de la leyenda de Tristán e Iseo y que, desde mediados del siglo xii, ejerce una influencia decisiva en todos los textos de caballerías, no siendo evidente en la literatura española hasta el siglo xiv. Es en 1501 cuando aparece Tristán de Leonís, una traducción del francés que, sin embargo, consigue, con sus numerosos añadidos, dar la impresión de un texto original. La segunda parte de esta obra aparecería en Sevilla en 1534. El personaje de Lanzarote del Lago resultará igualmente importante, tanto que aparece referido en el Rimado de Palacio, de Pero López de Ayala*, y en cierto romance recordado por don Quijote en la obra de Cervantes*.

La primera, y más importante, obra del género escrita en España fue Historia del caballero de Dios que avia por nombre Cifar, el qual por sus virtuosas obras et hazañosas cosas fue rey de Menton (Sevilla, 1512), atribuida al párroco toledano Ferrán Martínez, en la que tienen gran peso las leyendas orientales. Asimismo, conocida desde mediados del siglo xiv, goza de gran trascendencia el Amadís de Gaula, producto original hispánico dentro del ciclo artúrico. De esta obra ha llegado a nosotros la refundición preparada a finales del siglo xv por Garcí Rodríguez de Montalvo*, que estaría destinada a convertirse en el origen de los libros de caballerías del xvi que tanta difusión tendrían por toda la Europa occidental. Pero quizá una de las obras que más efecto tuvieron, llegando sus ecos incluso hasta el siglo xix, fue la Crónica de Tablante de Ricamonte y de Jofre, hijo del conde don Assón, de un desconocido Nuño de Garay. La relación de todas estas obras con los poemas épicos es evidente, aunque en España el retraso del género supuso la utilización, en diferentes textos, de los argumentos de los libros caballerescos extranjeros, todos ellos bien conocidos aquí. Muchos fueron los autores que se formaron en la

lectura de estos libros, desde los mencionados Pero López de Ayala y Cervantes, hasta san Ignacio de Loyola* o santa Teresa*. Sería después, en el clima intelectual español que pretendía mantener la vigencia de los presupuestos medievales, cuando la literatura de caballerías alcanzaría su apogeo en nuestra tierra. La traslación a lo divino* de textos poéticos se practicó también, debido a las censuras del clero, con los libros de caballerías, y así lo hicieron autores como Jerónimo de Sampere, Pedro Hernández de Villaumbrales y Alfonso de Soria, entre otros, a lo largo de todo el siglo xvi y comienzos del xvii. Pero los libros autóctonos de mayor interés, anteriores a la irónica culminación del género que supuso el Quijote, fueron Don Florindo (Zaragoza, 1526), de Fernando Basurto*, Don Clarisel de las Flores y de Austrasia (no editado hasta 1879), de Jerónimo Jiménez de Urrea*, Florando de Castilla, lauro de caballeros (Alcalá, 1588), de Jerónimo Gómez de Huerta*, y la Historia del Policisne de Beocia (1602), de Juan de Silva y Toledo. Es interesante mencionar también la obra, escrita en catalán, Tirant lo Blanc, comenzada hacia 1460 por Joanot Martorell* y terminada a su muerte por Martí Joan de Galba*; fue en 1511 cuando, en Valladolid, se editó la primera traducción al español, después de haberse publicado, en su lengua original, en Valencia, en 1490. Los libros de caballerías terminarían cediendo ante el ímpetu de las novelas pastoriles* y picarescas*, para quedar casi definitivamente olvidados tras el sarcasmo llevado a cabo por Cervantes en su genial obra maestra.

CERNUDA, Luis (Sevilla, 1902-México, 1963)

Poeta. Figura clave de la poesía española del siglo xx, fue alumno de Pedro Salinas* en la Facultad de Derecho de la Universidad de Sevilla, y lector en la Universidad de Toulouse. Se traslada a Madrid, donde conoce a Aleixandre* y a García Lorca*, se afilia al Partido Comunista, colabora activamente con el gobierno de la República y, en 1938, antes de terminar la Guerra Civil, se marcha de España, desencantado y convencido de la inminente derrota. En Inglaterra, primero, ejerce como profesor de español en Mount Holyoke College, hasta que, en 1950, se instala en México, donde se dedica a la enseñanza, alternando su actividad docente entre este país y Estados Unidos. Su poesía, marcada por su personalidad retraída y solitaria, acaso por su declarada homosexualidad, medita sobre las conductas humanas y el sentido de la vida, es decir, que se trata de una poesía de la meditación, en la línea de Unamuno*, Baudelaire, Mallarmé, Hölderlin, Garcilaso de la Vega*, autores a los que leyó con devoción, y, sobre todo, de Bécquer*, de cuya estela nunca logró desligarse. En la raíz romántica de sus versos, evidente en su búsqueda de la soledad, en la diferencia que establece entre hombre y mundo o en la pasión por la belleza, se aprecia, no obstante, la evolución desde un paganismo hedonista, en el que dominan tendencias líricas influidas por el surrealismo*, que siguió con profundo interés, hacia el estoicismo, un estoicismo que le ayuda a superar las muchas frustraciones que aparecen en sus primeros poemas. Puede hablarse, por tanto, de una poesía pura, libre de elementos que no sean líricos, obsesionada por la soledad, de lenguaje sobrio, alejada de las imágenes, pero, en cualquier caso, siempre sugerente, elaborada y densa. A propósito del surrealismo de Cernuda, cabe decir que él mismo declaró, en Historial de un libro, volumen que se mencionará más adelante, que sintió atracción por la osadía que suponía el movimiento francés, y que lo vivió como un intento de renovación tanto moral y política como literaria que contrastaba con la decrepitud y descomposición que se respiraba en España. Asimismo, el mencionado acercamiento ideológico de Cernuda al Partido Comunista estuvo directamente relacionado con el compromiso político de los surrealistas a partir del Segundo Manifiesto. En cuanto a sus publicaciones, su primer libro fue Perfil del aire (1927), texto elegíaco compuesto por décimas y cuartetas, al que siguieron Égloga, elegía, oda (1927-1928), en el que el amor y el erotismo son tratados en la línea de la tradición clásica, Los placeres prohibidos (1931), en los cuales combina su admiración por el surrealismo con el clasicismo que nunca abandonó, Donde habite el olvido

(1934), claramente neorromántico, *Invocaciones* (1934-1935), *Un río, un amor* (1936), que incluye dos libros escritos, respectivamente, en 1929 y 1931 y en donde ya se aprecia bien la influencia surrealista, *Las nubes* (1940), centrado en el drama de la Guerra Civil, el libro en prosa *Ocnos* (1942; ampliado, posteriormente, en 1949 y 1963), fundamental para comprender toda su poesía, dado que es una confesión entre el ensueño y el recuerdo, *Como quien espera el alba* (1947), *Vivir sin estar viviendo* (1944-1949), *Tres narraciones* (1948) y *Variaciones sobre tema mexicano* (1952), ambos en prosa, *Con las horas contadas* (1950-1956), que incluye *Poemas para un cuerpo* (1957), estos dos últimos abandonan la musicalidad para, renunciando a la ornamentación, optar por ritmos secos, algo que culmina en *Desolación de la Quimera* (1962), ejemplo máximo de una poesía moral pura, y *La realidad y el deseo*, libro que se publicó por primera vez en 1936, y que fue ampliando en 1940, 1958 y 1964; en él, Cernuda fue incluyendo todos sus poemarios publicados hasta esa última fecha, por lo que puede considerarse una biografía espiritual. Hay que destacar, asimismo, una especie de memorias que tituló *Historial de un libro* (1959), donde hace un balance de su propia trayectoria poética. Sus obras de crítica son: *Estudios sobre poesía española contemporánea* (1957), *Pensamiento en la lírica inglesa* (siglo xix) (1958) y *Poesía y literatura* (1960 y 1964; 2 volúmenes). Póstumamente, en 1985, apareció una obra de teatro, *La familia interrumpida*, y, en 1993, comenzó la publicación de su *Obra completa* con el volumen I dedicado a la Poesía, al que siguieron otros dos de prosa, ambos en 1994, en los que se recoge su producción narrativa, ensayos, crítica, teatro y entrevistas. En 2002 aparecía, asimismo, una nueva Antología poética de su obra y en 2003 se publicó *Cernuda. Epistolario* (1924-1963).

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de (Alcalá de Henares, Madrid, 1547-Madrid, 1616)
Es el más grande autor de la literatura española y uno de los personajes de su historia con una biografía más literaria. Hijo del cirujano Rodrigo de Cervantes y de doña Leonor de Cortinas, la ascendencia de su familia era gallega y andaluza. Miguel era el cuarto de seis hermanos. En 1551, se trasladan todos a Valladolid; después, estuvieron en Córdoba y en Sevilla, hasta que, en 1566, se instalan en Madrid definitivamente, por lo que se sabe que los estudios de Cervantes fueron un tanto accidentados: primero en Valladolid, más tarde con los jesuitas de Sevilla y, por fin, en el estudio de Juan López de Hoyos, sin que llegara a ser universitario. Parece ser, no obstante, que su curiosidad era infinita y que leía todo lo que encontraba por la calle. Ya en 1569, escribió unas poesías a la muerte de Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II. Poco después, en el mismo año, un mandamiento judicial ordena la búsqueda y captura de Cervantes, por haber producido heridas a un tal Antonio de Segura; en esta orden, le condenaban a cortar la mano derecha y a un destierro de diez años, por lo que huye a Italia, donde, en Roma, servirá al entonces monseñor Giulio Acquaviva, futuro cardenal. En ese periodo, Cervantes descubre la vida libre italiana, sus gustos y literatura, algo que le influirá de por vida. Es en 1570 cuando comienza su carrera como soldado en la compañía del capitán Diego de Urbina, con quien, el 7 de octubre de 1571, a bordo de la galera Marquesa, participó en la batalla de Lepanto. Parece ser que Cervantes se encontraba enfermo, a pesar de lo cual quiso participar en el combate, donde le hirieron, con un arcabuz, en el pecho y en la mano izquierda, que le quedaría inútil para siempre. Este hecho no impidió que volviese a las armas, puesto que participaría, más tarde, en la expedición de Corfú, en la campaña de Navarino y en la conquista de Túnez. En su regreso hacia España, en septiembre de 1575, bien recomendado por don Juan de Austria, la galera Sol, en la que viajaba, fue atacada por una flotilla turca y él y su hermano Rodrigo apresados. Cervantes fue conducido entonces a Argel, donde se convirtió en esclavo del renegado griego Alí Mamí, quien, al haber encontrado en poder de Cervantes las cartas de recomendación de Juan de Austria, pensó que se podría pedir un buen rescate, motivo por el que el escritor permanecerá aún cautivo durante cinco años. En este periodo, Cervantes intentó escapar en cuatro ocasiones, pero

en las cuatro fue delatado y descubierto; momentos duros, de torturas y vejaciones, en los que siempre se reconoció culpable, una demostración de valentía que le sirvió para que le perdonasen la vida. A pesar de todos sus sufrimientos, no abandonó la literatura, y escribió poesías de elogio a algunos compañeros de cautiverio. Cervantes fue vendido al Hasán Bajá de Argel, pero, cuando este estaba a punto de trasladarse a Constantinopla, el trinitario Juan Gil y otros frailes de su orden, después de las inútiles gestiones familiares con el rey, consiguieron reunir el rescate, de modo que el 19 de septiembre de 1580 quedó en libertad, y el 24 de octubre llegaba a Denia, en la costa mediterránea. Ya en España, se encontró con importantes dificultades para encontrar trabajo, por lo que comenzó a escribir comedias que no tuvieron gran éxito. Es en 1584 cuando, después de haber tenido una hija, Isabel de Saavedra, con una mujer casada, Ana Franca de Rojas, se casa en Esquivias con una labradora de alguna hacienda, diecinueve años más joven que él, Catalina de Salazar y Palacios, de la que estuvo lejos la mayor parte de su vida. Entre los muchos oficios que desempeñó, tras intentar conseguir un puesto en las Indias, fue comisario para abastecer a la Armada Invencible y recaudador de impuestos, lo que le permitió viajar por las tierras de España y conocerlas profundamente. La agitación característica de sus años anteriores no terminó; tras fijar su residencia en Sevilla hasta 1600: fue excomulgado por un problema con el Cabildo, encarcelado varias veces por asuntos económicos, y, en su estancia en Valladolid, entre 1603 y 1604, por una muerte acaecida a la puerta de su casa, la del caballero Gaspar de Ezpeleta. En 1606 se instala en Madrid, desde donde intenta marchar a Italia al servicio del conde de Lemos, pero unas maniobras del secretario de este, Lupericio Leonardo de Argensola*, se lo impidieron. Diez años después, tras vivir numerosos conflictos familiares, murió, concretamente el 22 de abril de 1616, en su casa de la calle del León. Precisamente en esa última etapa de su vida fue cuando publicó la mayor parte de sus obras. Enterrado en el convento de las Trinitarias Descalzas de la calle que hoy lleva el nombre de quien fue uno de sus máximos enemigos, Lope de Vega*, sus restos nunca han llegado a ser identificados.

Es difícil desligar la biografía de Cervantes de su obra, dado que, en gran medida, esta estuvo afectada por aquella, y que ambas se encuentran seriamente imbricadas cronológicamente. En 1585, poco después de su boda con Catalina, publicó, en Alcalá de Henares, *La Galatea*, que, parece ser, ya estaba escribiendo en 1582, al poco de llegar a España y cuando el éxito de sus comedias era nulo. Se trata de su primera obra novelesca, una novela pastoril (véase NOVELA PASTORIL) —herencia directa del género iniciado en España por la Diana de Jorge de Montemayor*—, que apareció como «primera parte», sin que Cervantes la completase nunca con una segunda. Calificada por él mismo en el prólogo como «égloga», su acción narrativa se ve interrumpida en muchas ocasiones por poesías diversas, en las que se aprecia la influencia de fray Luis de León*. Durante su estancia en Valladolid, a la que nos hemos referido, el *Quijote* estaba muy avanzado, y Cervantes comenzó a mostrar los manuscritos a escritores del momento, con la pretensión de que escribiesen poemas que constaran después en sus preliminares, algo que no consiguió, dado el carácter extraño del libro, al no corresponderse con los temas en boga en aquel momento. Fue entonces cuando surgió su enemistad con Lope de Vega, quien, desde su posición privilegiada como autor de éxito, se burló de Cervantes, lo que llevó a este a incluir en el prólogo del *Quijote* alusiones a Lope, así como a insertar, en el inicio del texto, poesías burlescas e hirientes, atribuidas a personajes de libros de caballerías*. En cualquier caso, la obra más grande de la literatura española, intitulada en su primera parte *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, se publicó por primera vez en 1605, en Madrid, a cargo del editor Juan de la Cuesta. Su éxito fue inmediato; hubo de hacerse una segunda edición y aparecieron dos más, piratas, en Lisboa, todo en ese mismo año, y es porque se trataba de una obra, desde el comienzo, original, que sorprendió y gozó de numerosísimas ediciones y traducciones en vida de su autor. Esta circunstancia permitió a Cervantes no solo gozar de buenas relaciones con los escritores del

momento, sino que la publicación de sus siguientes obras no se encontrase con tropiezos. Así, en 1613, editó un volumen de doce narraciones breves, *Novelas ejemplares*, compuesto por los siguientes títulos: *La gitanilla*, *El amante liberal*, *Rinconete y Cortadillo*, *La española inglesa*, *El licenciado Vidriera*, *La fuerza de la sangre*, *El celoso extremeño*, *La ilustre fregona*, *Las dos doncellas*, *La señora Cornelia*, *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*. Un año más tarde, en 1614, publicó su poema *Viaje del Parnaso*, documento de extraordinario interés para conocer a los personajes literarios admirados y denostados por Cervantes. Es en ese año cuando se produce un acontecimiento fundamental, la publicación en Cataluña de una fraudulenta segunda parte del *Quijote*, firmada por Alonso Fernández de Avellaneda*, quien deja claro en el prólogo su odio hacia Cervantes. Esto le obligó a retomar la segunda parte, que venía escribiendo lentamente desde tiempo antes, y a publicarla, en 1615, con el título de *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*, que, con el tiempo, se ha llegado a considerar como superior a la primera. A pesar de que, como ya hemos dicho, Cervantes estrenó numerosas comedias al regresar a España tras el cautiverio de Argel, solo se conservaron dos: *El trato de Argel* y *La Numancia*, no incluidas en el volumen que, en 1615, publicó con el título de *Ocho comedias y ocho entremeses*, donde aparecen las comedias *El gallardo español*, *La casa de los celos*, *Los baños de Argel*, *El rufián dichoso*, *La gran sultana doña Catalina de Oviedo*, *El laberinto de Amor*, *La entretenida* y *Pedro de Urdemales*, así como los entremeses *El juez de los divorcios*, *El rufián viudo llamado Trampagos*, *La elección de los alcaldes de Daganzo*, *La guarda cuidadosa*, *El vizcaíno fingido*, *El retablo de las maravillas*, *La cueva de Salamanca* y *El viejo celoso*. En 1617, su viuda publicó la novela bizantina* *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, terminada apenas cuatro días antes de su muerte, y que supone una actualización del género. Además de todas estas, se le han atribuido otras obras, como *La tía fingida*, incluida en el manuscrito de *Porres de la Cámara de las Novelas ejemplares*, y los entremeses *Los dos habladores*, *El hospital de los podridos* y *La cárcel de Sevilla*. Asimismo, Cervantes se refería, además de a la segunda parte de *La Galatea*, tan insistentemente anunciada por él y que acaso se haya perdido, a una obra titulada *Famoso Bernardo*, centrada en la figura de Bernardo del Carpio*, y a otra llamada *Semanas del jardín*. A este respecto, todo es especulación y ningún dato puede confirmar que existan dichos textos.